

Cómo leer «Casa tomada» de Julio Cortázar*

Jairo Restrepo Galeano

Docente

Departamento de Humanidades y Letras

Universidad Central

Introducción

Este *cómo* parece tener tufillo de algo definitivo, final; dicho así no es adecuado para lo que pretendo en esta jornada. Hay algo cerrado en él y lo que busco aquí es lo abierto e indefinido, lo indeterminado. Entonces debo decir: cómo leo Casa Tomada. Así, en lo personal. El texto de Cortázar, de hecho, es indescriptible en su totalidad, de ningún modo voy agotar todas las alternativas. Así que lo que voy a identificar son sólo partes, jamás el conjunto total de las interacciones que el escritor plantea en su relato.

El texto de Cortázar es inconmesurable y yo, como individualidad, como particularidad, lo que veo de él será siempre inconclusivo. Lo justo, en consecuencia, no es enfrentar el texto en su organicidad; me centro más bien en algunos aspectos que denomino pasajes. Si tomo el sentido total de la obra querré decir que mi interpretación es definitiva, que he apresado la obra en su organicidad, y esto es falso.

Diré algunos aspectos de su estructura y de sus entrepaños para luego adentrarme en lo que leo de los pasajes, para finalmente desembocar en las razones por las cuales leo de este modo la obra de Cortázar.

I. La estructura y los entrepaños

La casa y la continuidad de la vida en ésta. Los recuerdos que en ella pendulan. Quiénes y cómo la habitan. La influencia de la casa en éstos, los oficios de los mismos.

La casa en sí, sus componentes, la distribución y el tiempo que acosa.

El hecho, el sacudimiento, la negación de lo cotidiano. Lo otro que se acomoda en la rutina y la niega. La simplicidad que se torna complejidad. Viene la pregunta, el qué. Lo que se confunde en lo no identificado, lo que entra en otra esfera de comprensión. Qué se pierde, qué se gana desde eso que empuja desde adentro de la casa hacia fuera. Y, algo para tener en cuenta, pero que aquí no desarrollaré (lectura en otra parte), el componente de los sueños, la «voz que viene de los sueños».

En qué deviene lo anterior, sobre qué océano cae esa agua, sobre qué olas se cierne la casa; dónde lo que comenzó sin nombre, lo que se clasificó, lo que fue tomado; el despojo a las manos, a los ojos, a los días, a los espacios de la casa que se tornan calle para ir a otro ir, sin terminar de ir, un avanzar repetido y probablemente tomado igualmente.

* Ponencia presentada durante la Semana Cortazariana que se realizó en Cartagena, Casa España, agosto de 1998. Reescrito en abril de 2004.

.....

El hecho que suscita la narración, lo que nos conduce a voltear la hoja, en sí mismo tiene su poder para dejarse atrapar por la palabra. No necesita otro acontecimiento que lo secunde. No requiere otra referencia o lazo para atarlo a otro marco referencial. Su desnudez es total.

.....

II. Qué leo. Los pasajes

El hecho que suscita la narración, lo que nos conduce a voltear la hoja, en sí mismo tiene su poder para dejarse atrapar por la palabra. No necesita otro acontecimiento que lo secunde. No requiere otra referencia o lazo para atarlo a otro marco referencial. Su desnudez es total. La mirada y la sensibilidad a ésta emana sin distractores. No hay un acontecimiento paralelo o inmediatamente anterior o posterior. Es único, individual, no se compara con nada; por sí mismo se erige en la luz y en las sombras de la casa. Simplemente el hecho de tejer a las ocho de la noche y al fuego una «pavita de mate»; entonces: «El sonido venía impreciso y sordo...» sólo esto y nada más. «Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles». He aquí el nudo de la historia, el hilo que desata, si desatar se puede.

Entonces vienen las preguntas: ¿Qué viene desde el fondo de la casa, de ese otro lugar de la casa que de pronto no es flor sin ave? ¿Acaso sombra de otra sombra nombrada por la silla que se ladea y cae sobre la alfombra? ¿Acaso vientos tibios que reconfortan el cuerpo y alivian desesperanzas? ¿Acaso diásporas de aires helados porque han medido el tamaño de la muerte, del agua quieta y oscura? ¿Probablemente animal que arrastra penas y fatigas y desea acomodo en la casa? ¿Posiblemente millares de cucarachas o ratones con el fuego pisando sus temores? ¿Tal vez el odio y sus es-

padas? ¿Acaso escuadrones de la muerte, botas depredadoras que vienen del mar o del otro lado del mar o bajan del norte?

El hecho es aceptado, no porque la derrota se imponga, sino porque no hay razón para oponerse, pues el ánimo lo ocupa el último reducto o la calle que exigen ser vividos. «Tendremos que vivir de este lado». Lo clausurado no se abre a otra vida, pues lo hermético tiene otra explicación hermética. No hace el posible el signo de las manos, las gestualizaciones que acordonan los acontecimientos para nominarlos de otra manera. No importa que allí, en la casa, se quede tanta cosa amada, tanta cosa usada, tanto que pudo haber sido y no fue, tantos ojos sobre libros, sobre palabras, tantas caricias que mendigaron la semilla de la piel de otras y otros, tantos hilos, tantas telas para ser colores de invierno, verano, otoño; un temblor en la alborada de una cadera. Allí, dentro, dentro de lo que lentamente se hace afuera el humo de la pipa, la pipa misma colgada del humo, oscilando sobre la imaginación que cabalga sobre el sofá o resbala por las paredes.

Casa tomada como lugar para nombrar la nostalgia. Cada circunstancia hablada en relación con el primer avance de lo que viene del otro lado de lo que no se sabe, entonces se reconoce lo que se ha perdido en ese no lugar, en ese no tiempo; ni lugar ni tiempo para la limpieza, para caminar; ahora entonces otra temporalidad, otra espacialidad y no saber qué

hacer con esto, pues ahora es agujero que conduce a otra cosa, a otra dimensión; de pronto esto más espacio, más infinito, más lugar para otros muchos lugares. Ahora otras costumbres, no muchas, porque tanto de lo que hubo se quedó en lo perdido. Ahora, entonces, otra memoria: «Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revivir la colección de estampillas de papá y eso me bastó para matar el tiempo». Ahora otro tiempo, otro lugar, otros oficios, otros lugares para la muerte, otras vidas para otras muertes.

O, la vejez que camina el cuerpo para ocupar células, beber sangre, minar ánimos, cortar dendritas en el cerebro, apagar luces, clausurar bocas, cerrar juegos, torcer huellas, encorvar sombra sobre zapatos desgastados, húmedos y polvorientos.

O, universo otro, universo de sentidos que hilan tejidos para otras ensoñaciones. Lugar otro que se crea desde lo que ha sido tomado, abandonado, sin ser nunca igual a eso abandonado. La mirada, entonces, sobre otros esguinces, otros guiños. Incluso lugar para no tener cuerpo, y llegar a ser sólo palabras entre cielo y tierra o ser ave en otras esferas, más allá de nuestras mezquinas angustias; también mirada desde adentro o desde afuera y algo que toma y avanza y come en nuestras fuerzas para dejarnos sin mirada, sin cuerpo, sin casa tomada, sin que otro, en su osadía, la habite y, desde adentro, nos mire a nosotros a la intemperie y que igual estará afuera, mientras nosotros poseemos la esperanza de no estar nunca afuera.

Es posible que el ovillo y las hebras sean la vida que uno suelta porque ya no queman, ya no encienden otros pabilos o porque no dan oportunidad a tejer y destejer otras certidumbres. Vida no tejida del todo y desde afuera mirada de hilo a la casa, a lo que hizo posible la holgura de la carne. El alimento adentro: piel, murmullos. Y uno afuera puro tiempo para vivir y tomar otra casa como se tomó en otras

oportunidades otras y esta misma que nos vemos obligados a dejar en manos de eso que viene del patio o de algún lugar sin límites. Al final todos habitados, habitantes, habitándonos, sin ser casa, sin ser cuerpos, sin ser libros, sin ser hilos, nada más palabras.

Pero también lugar de ausencias, de puertas y ventanas por donde entran y salen las ausencias o también lugar sin memoria de otros y para otros. Simplemente casa de la infancia, de abuelos, de padres, de ellos, mas no de sus hijos, así todo volcado hacia la oscuridad. Sus hábitos no dieron para perdurarse en otros, habiendo tanto espacio en la casa para no estorbarse: «A veces llegamos a creer que era ella que no nos dejó casarnos». Las ocupaciones de los hermanos como ocupaciones de sus cuerpos, egoismos, vivirse sin lugar a vivir en otros, para otros, desde otros, pues se bastan y manejan sus suficiencias. «Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes de que llegáramos a compenetrarnos». En ellos todo termina, nada comienza.

La casa también lugar de la no repetición, de la creación sostenida, de lecturas, gramáticas, paseos, silencios y tejidos en pañoletas blancas, verdes, lilas, sin saber qué se hará con esto, y mientras tanto las manos y las agujas «yendo y viniendo». Todo aunque el polvo caiga y se riegue con plumeros.

III. Cuál la razón de haber leído de este modo

Esta es mi lectura, pero, ¿cuál mi razón sobre esta historia? ¿Qué decir sobre esta historia, si, ubicados, delante el texto, aquí yo, no hay más que diferencias, identidades que se desdibujan en el avance, en el desarrollo de mi razón, mi razón en esto que no es estático, aunque el texto sea y diga lo que pretende decir en su movimiento?

Por tanto, he aquí mi historia, la historia de mi razón para aproximarme al texto y leerlo, y

leído lo que queda es la historia de lo ausente, lo que el texto ha dicho y no he percibido, la historia de lo no dicho, el lugar que ya no habla, que habló pero que ya no habla en mí, pero que se habla a sí mismo para que pueda ser dicho por mí.

La certeza de lo que aquí digo se fracciona, resquebrajamiento de este mundo mirado, leído, sin que la objetividad se haga presente, porque este presente no es más que muralla que se derriba para volverse a levantar, el fin de lo que nada tiene fin, la apariencia conclusiva de una operación que no es más que circunstancia.

¿Dónde la identidad entre el texto y yo, lector? Lo que veo es sólo diferencia, no como lo opuesto, sino como un modo de buscar acomodo entre las diferencias.

Qué hay aquí de verdad en el texto, en mí, si la verdad está condicionada por mi posición en el ahora, en el ahora que igual se somete al agrietamiento de esta verdad que por sí misma no vale nada si no hay otra verdad que se le oponga. La verdad no es un punto fijo, estático, es lo que vivimos en el momento y que expresa nuestra vinculación individual con el todo. Texto y lector hallan su individualidad a partir de sus propias condiciones de expresión y representación. He fijado un plan, establezco una meta y creo la ficción de que todo lo tengo controlado, pero la situación es que todo se me da errático, pues no cuentan sólo los factores del texto y el lector, hay otros aspectos que me obligan a la inmersión en nuevas posibilidades; en este caso, lo fundamental es permanecer abierto.

Las conciencias que tengo sobre el texto, conectadas y suplementarias, devienen en que una tenga más importancia que otra, y a su vez en un lugar y tiempo otro otras ocuparán el primer lugar en tanto las otras no sean tan evidentes. En estas superposiciones de las conciencias no hay linealidades, causalidades, vértices encajonadores de verdades definitivas. En este lugar de la lectura se yuxtaponen experiencias, formas vividas, asumidas, imbricadas con aspectos lejanos o cercanos, sin esa mirada logocéntrica y etnocéntrica que nos crea la impresión de todo lo tenemos agarrado del cogote.

Mi lectura e interpretación de *Casa tomada* no es más que un horizonte de discursos que devienen continuos. Así lo que leo lo sitúo en el contexto en que leo. En mi lectura dejo aparecer el diseño y los procesos de mi experiencia como lector. Esto implica necesariamente exclusiones. Yo afirmo aquí y segrego otras posibilidades, no las escondo, las enuncio y al enunciarlas amplían el universo interpretativo que permite mayor claridad debajo de la hoja o arriba de la palabra. Hay algo que decir, pero hay otro algo que decir.

Cada decir del texto en mi decir se legitima en sí mismo y posee una validez que le es inherente y se ajusta coherentemente al contexto cultural, social, político, simbólico, etc; aunque cada uno de ustedes, lectores, posea su propia idea del texto, su idea de belleza, en general toda una percepción del mundo y su dinámica. Se multiplican los universos culturales, las concepciones sobre el texto. Así mi

.....
Las conciencias que tengo sobre el texto, conectadas y suplementarias, devienen en que una tenga más importancia que otra, y a su vez en un lugar y tiempo otro otras ocuparán el primer lugar en tanto las otras no sean tan evidentes.
.....

idea del texto, mi decir del texto no es única idea. Lugar para otras posibilidades. Mi lectura es el resultado de entrecruzamientos, de contaminaciones de múltiples imágenes, representaciones, interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí. Tantos los modos de decir como muchas las realidades que de este decir surgen. Las diferencias se liberan con todas sus gramáticas, sintaxis, reglas y escalas de valores. No rige, en consecuencia, una percepción unificada. Racionalidad particular, cierto, emancipación de la metafísica, en donde no se descubre lo que el otro quiso decir en su texto, tal como habría de mostrarse, lo que cuestiona finalmente mi posición como lector, pero que, en el balance de pérdidas y ganancias, me deja en el camino de una realidad extrañada, pues igualmente es una realidad entre otras. Esto me hace tener una aguda conciencia de lo que soy, de mi contingencia y limitación que permite otra lectura de *Casa tomada*, tan diferente como la anterior. Así mi texto, mi decir del texto, deja de ser definitivo, otras posibili-

dades en el juego. He aquí la importancia del significante, más que el significado, pues éste es estático, lineal, convergente en algo fijo, inamovible; el significado es plurívoco, poliglósico.

Considero hermoso y aleccionador no sólo encontrar lo propuesto por el texto, sino las propuestas que mi lectura genera en relación con *Casa tomada*. Sensación de un mundo poblado de otros mundos. Los trajes que se pone una mujer a lo largo de su coquetería frente al espejo que multiplican sus encantos, su mirada.

Y, para concluir, leo *Casa tomada* y me estoy leyendo a través de esta. Todo en mí, y mi lucidez, descubrir que es el texto el que me nombra y me permite nominarlo. Lo que me dice, lo que hay en él está en lo que soy, en lo que represento, lo que me sueño. Me habla a través de lo que me hablo dentro. *Casa tomada* atraviesa mi distancia, yo la suya, nos encontramos, nos hablamos, nos vivimos, hacemos destino común; así el sentido de *Casa tomada* de aurora a ocaso, de palabra inicial a palabra final. **bu**

Bibliografía

- CORTÁZAR, JULIO, *Relatos*, Barcelona: Círculo de Lectores, pgs. 399-403.